

## MEDITERRANEO Y MUNDO HISPANICO

POR

ANGEL ALVAREZ DE MIRANDA

En el *Fedón*, que es, sin duda, el más hermoso y profundo de los *Diálogos* de Platón, encontramos una extraña metáfora aplicada a los pueblos del Mediterráneo: *Los que habitamos entre Fasos y las Columnas de Hércules*—son sus palabras textuales—, *vivimos encerrados dentro de la estrecha barrera mediterránea, como las hormigas o las ranas alrededor de un estanque*. En esta expresión no se ve la sublimidad ni la grandeza del tipo platónico.

¿Por qué utiliza Platón estas imágenes? Nadie dirá que aquí el filósofo-poeta había idealizado precisamente nuestra condición geográfica e histórica. Sin embargo, Platón conocía bien su propio mar: lo había visto con aquella visión concreta e intensidad vital que sólo entre los antiguos, y sobre todo entre los griegos, vivifica el contacto de los hombres con las cosas. Se le antojaba pequeño, demasiado pequeño. Los viajes de los que, como él, se dirigían del Pireo al Nilo y de Corinto a Sicilia no eran para él más que saltos de ranas. Ahora bien: en su visión de la humanidad mediterránea está caracterizada la vida en el Mediterráneo desde el período neolítico hasta el comienzo de la Edad Moderna: una sucesión constante y uniforme de emigraciones y supremacías, de colonizaciones y piraterías. El ir y venir de los hombres mediterráneos a lo largo de las costas de este mar justifica la doble metáfora platónica: un hormiguar incansable y milenario, una vida fatalmente anfibia.

Pero lo sorprendente, a mi juicio, no es el hecho de que al mundo mediterráneo se le considerara demasiado reducido ya en aquellos tiempos remotos, sino el de que les pareciera estrecho cuando aquél era el único mundo conocido, cuando se vivía en él como en la única tierra habitada. Hace cinco siglos que nosotros conocemos otros continentes y otros mares, y sabemos que el mundo mediterráneo es pequeño *porque* sólo es parte de un todo. Los antiguos como Platón lo encontraban pequeño *a pesar* de que no lo veían como una parte, sino que lo consideraban, en cierto modo, como el todo.

¿Qué significa esto? En el espíritu del hombre antiguo existió, en los momentos de más felices intuiciones, como en el caso de Platón, un ansia o—mejor aún—una necesidad de dilatar los límites del mundo mediterráneo, de ensancharlo más y más. De aquí que desde la Edad Antigua se haya venido acusando la rebeldía del espacio excesivamente estrecho de la vida mediterránea. En esta sed de espacio, más que en el conocimiento positivo y exacto de las tierras, hay que buscar el fundamento psicológico del mito de la Atlántida. La más secreta y urgente necesidad del mundo mediterráneo puede sintetizarse en un ardiente sueño de expansión.

Desde las expediciones marítimas de los fenicios hasta la evasión de Marco Polo a Oriente, desde el periplo de Anón hasta el Descubrimiento de América, la historia del Mediterráneo es la historia de una provincia que se siente reclusa y con una población desbordante. Es, por lo mismo, la historia de un inintermitido forcejeo interno por la conquista de una supremacía. Desde la Edad Antigua hasta finales de la Edad Media, Creta, Grecia, Cartago, Roma, Italia y España se han ido sucediendo en la posesión de la soberanía del Mediterráneo. Más tarde, la lucha se centrará en la rivalidad de dos bloques supranacionales espiritualmente irreconciliables: islamismo y cristianismo. Y, sin embargo, es en este momento cuando se produce el hecho más importante de la Historia: la aparición de un nuevo mundo, el cumplimiento del vaticinio formulado por toda la antigüedad a través de mitos, profecías e ilusiones.

El mar Mediterráneo no es ya el estanque del que Platón habla con tristeza, sino un golfo del Océano Único. El organismo de las antiguas hormigas y ranas experimenta, fatalmente, una metamorfosis biológica que las capacita para más largas emigraciones, que las hace ciudadanas de un mundo más dilatado y más adecuado. El hombre mediterráneo ya no será en el mundo una fauna cantonal: su "medio vital" se extiende sobre todo hacia el Oeste, hacia el Atlántico. Más allá de las Columnas de Hércules existen hoy veinte naciones descendientes de una estirpe mediterránea—la hispánica—, que hablan una lengua mediterránea—la española—, que constituyen una unidad cultural profundamente diferenciada de la del resto de América. Si de verdad creemos que el concepto de "Mediterráneo" encierra un contenido espiritual, es decir, superior al espacio físico, no queda más remedio que tener en cuenta esta realidad. Si la expresión "unidad mediterránea" encierra algo más que un sentido económico y geopolítico, esta unidad tendrá que estar sostenida por los lazos reales de raza, cultura e ideales que

hacen que la mitad del nuevo mundo, y sólo ella, sea una prolongación viva de nuestro mundo mediterráneo. ¿Se ha meditado a fondo en estas realidades? Es ilógico hablar de "influencia" del mundo mediterráneo en Sudamérica, puesto que no se trata de influencias exteriores, sino de esencias íntimas constitutivas, trasplantadas allí para siempre por obra de España. No somos los españoles los únicos en decirlo; lo afirman también, y acaso con más insistencia que nosotros, los más ilustres representantes del pensamiento americano. Desde el momento en que el mundo hispanoamericano comienza a tener conciencia de sí mismo, comienza también a tener conciencia del vínculo de sangre, que lo une con el mundo mediterráneo a través de España. Rubén Darío, el primer poeta de América, eligió por esta razón como morada propia la isla de Mallorca, donde escribió estas palabras:

*Aquí, junto al mar latino,  
digo la verdad:  
Siento en roca, aceite y vino  
yo mi antigüedad.*

El humanista y filólogo más prestigioso de Sudamérica, Pedro Henríquez Ureña, afirma que la fisonomía cultural de aquellos pueblos viene a ser como una prolongación del mundo neolatino con la incorporación del elemento telúrico e indígena, y hasta prevé el trasplante espiritual de todo el mundo español en América. El mejicano José Vasconcelos, considerado unánimemente, dentro y fuera de América, como el primer filósofo de la América Hispana, llegó a afirmar que si a los pueblos americanos se los despoja de su médula hispánica y cristiana, quedarán reducidos a "parias del espíritu".

El sutil pensador centroamericano Pablo Antonio Cuadra ha sintetizado su pensamiento en esta frase: *América comienza en los Pirineos*. Y el argentino Mario Amadeo decía: *Nosotros, los herederos de España y de Roma, estamos apostados en el último confín del mundo actual para vigilar sobre el flanco de Europa, y nuestra misión consiste en reproducir la imagen familiar de nuestra estirpe*.

El más alto exponente del pensamiento filosófico peruano de hoy, Wágner de Reyna, resume en estas palabras toda la esencia radicalmente mediterránea del mundo iberoamericano: *Cuanto más nos alejemos de la tradición helénica e iberocristiana, tanto menos universal será nuestra cultura y tanto menor será su dignidad y su nobleza. España y América deben realizar en sí mismas*

*el hispanismo, que es la síntesis de las civilizaciones helénica y romana.*

Y frente a un sector del pensamiento americano que pretende exaltar, como primordiales y auténticos, los valores indígenas precolombinos anteponiéndolos a la herencia occidental, los representantes del pensamiento que acabamos de reseñar, tachados de "hispanofilia" por los indigenistas, ponen de relieve que la fidelidad a los valores espirituales de su raza no es una "hispanofilia", sino una antecedente filiación hispánica; es decir, no una actitud, sino un vínculo objetivo natural al que no pueden renunciar.

Podríamos aducir muchos más testimonios de otros tantos representantes del pensamiento hispanoamericano, como Carlos Peireyra o Rómulo Carbia, Vicente Sierra o Carlos Ibarguren, y tantos otros. Cualquiera que conozca un poco el panorama espiritual de la América Hispánica, sabe que no es difícil multiplicar alegatos de esta índole.

¿Es posible inferir de todos estos hechos alguna conclusión que tenga relación directa con el mundo mediterráneo? Evidentemente. Dentro de la unidad del mundo mediterráneo existe una múltiple variedad. Geográficamente, España es una de las naciones de más prometedoras posibilidades; e históricamente es una de las que más han intervenido en la marcha de los acontecimientos del Mediterráneo en todos los tiempos; pero, desde el punto de vista específicamente cultural, existe una esfera hispánica que, informada totalmente por esencias de origen y de estilo mediterráneos, constituye una vastísima unidad, comparable a la unidad religiosa y lingüística del mundo árabe, que es ubérrima en creaciones espirituales de carácter universal, y que, proyectándose sobre un nuevo continente y con una lengua viva hablada por ciento cuarenta millones de hombres, ofrece posibilidades prácticamente ilimitadas para un futuro grandioso.

Nos parece lógico insistir precisamente en el futuro; pero para quienes prefieren hablar del Mediterráneo en sentido retrospectivo, de historia pasada, el mundo cultural hispánico ofrece también un campo extraordinariamente fecundo y complejo. Además de la aportación propiamente española a la cultura de los pueblos mediterráneos, no hay que olvidar que, históricamente, la cultura árabe tiene en España uno de sus solares más gloriosos: desde el Califato de Córdoba hasta los reinos medievales de Sevilla y Granada, desde Al-Gazel a Averroes, la cultura medieval hispanoárabe constituye quizá el momento más fecundo de la historia espiritual del Islam, y precisamente a través de España, mediante la Escuela

de Traductores de Toledo, el mundo intelectual árabe, cuyo hogar más vivo ha sido español durante largos siglos, se extendió por la Europa medieval de Santo Tomás y del Dante. Tanto es así, que puede afirmarse con toda exactitud que la más importante convivencia cultural lograda entre los dos grandes mundos mediterráneos--el cristiano y el árabe--ha sido la que tuvo su expresión en la cultura hispanoárabe.

Podríamos--y tal vez debiéramos--extendernos en el análisis de toda la empresa histórica española, desde la Edad de Bronce, pasando por la Contrarreforma, hasta nuestros días, hasta nuestra guerra civil, como una contribución, frecuentemente heroica, puesta al servicio de la civilización mediterránea.

Todo lo que acabamos de decir pone de manifiesto la especial función cultural que, ayer como hoy, ha tenido el mundo hispánico en el ámbito mediterráneo: función de proyección y de expansión; si hasta en la antigüedad pudieron parecer demasiado estrechos los límites materiales del Mediterráneo, preciso es reconocer que su dilatación geográfica y espiritual ha sido, y puede continuar siendo, misión especialmente propia del mundo hispánico.

En la comunidad cultural de todos los pueblos del Mediterráneo, España ha sido y es como aquellos atletas que recorrían la Hélade empuñando las antorchas olímpicas: España, llevando la luz espiritual mediterránea hasta los más remotos confines del mundo.

Angel Alvarez de Miranda.  
Director del Instituto de Lengua y de Literatura.  
Via della Rotonda, 23.  
ROMA (Italia).